

rada libertad de las naciones se fraguó con muy poco fundamento, aunque tal vez con muy buena voluntad de su primer iniciador público, esa Liga de Naciones, que en forma de 14 puntos a resolver hizo conocer Wilson al mundo, y, esto no obstante, apesar de la guerra de la paz y de la Liga de naciones todo demuestra a cada instante que, en la guerra, en la paz y en la liga la justicia está a merced de los intereses del más fuerte, y por este motivo los que fueron hasta la Liga se apartan de ella con horror, si son sinceros, o no entran en ella, si son suficientemente fuertes para imponérseles, o siguen a remolque y esperando la hora más propicia, para apartarse de tan menguados amigos, que más vale solos que mal acompañados.

Del número de éstas esperamos que sea nuestra España, ya que tan impremeditada como velozmente fuimos enlazados en ese mal conglomerado de naciones históricamente antitéticas a la nuestra, moralmente inconfundibles y por lo que atañe a los intereses materiales, no pocas de esas naciones con las que nos hemos ligado, avaras de nuestras riquezas y enemigas de nuestro engrandecimiento, dentro y fuera de nuestra patria.

¿Cómo andaremos nosotros mucho tiempo en liga cordial con naciones protestantes y de idealidad tan opuesta a la nuestra que no será posible en un caso encontrado armonizar los principios sobre los cuales unos y otros nos basamos para resolver las cuestiones? ¿Cómo podremos nosotros ligarnos, sinceramente y con decoro, con la nación que posa su planta sobre nuestro amadísimo territorio y con látigo de inhumano negrero nos cruza el rostro despóticamente, abusando de toda clase de derechos, por la ley del más fuerte y con mengua de nuestro honor? ¿Cómo ligará la nación española con la nación hermana vecina, émula siempre de nuestras glorias y hoy nuestra enemiga en Marruecos? ¿Cómo puede ser estable, digna, verdadera esa liga de naciones de la que España forma parte, si Francia quiere, y quien sabe si lo consiga, pasar sobre nosotros para hacer suyo lo que debe ser nuestro?

Ligas de tigres y de corderos, de gavilanes y de palomas no se hacen con fuerzas puramente humanas, quien tal pensó quiso edificar y edificó sobre arena, o trató de emplear como aglutinante los mismos medios que se proponía destruir: el derecho de la fuerza en cualquiera de sus manifestaciones, por disimulado que aparezca.

En una palabra, lo repetimos de nuevo, el mundo tiene abiertos en este momento histórico dos caminos que recorrer: uno secular, incommovible, imprecadero; el otro circunstancial, versátil y por demás caduco; los pueblos llegan hasta el soviétismo, guiados por el espíritu del mundo, que es soberbia, codicia y sensualismo, y de otra parte estrechan otras naciones sus amistades con el Romano Pontífice o las renuevan las que las perdieron, con lo que demuestran que del espíritu católico esperan la propia regeneración, las fuerzas para defenderse de las incursiones de los enemigos y las armas para luchar en contra de los destructores de la paz venida del cielo.

Y en este doble sendero ¿qué perspectiva se ofrece a España? Nosotros en este sentido somos entusiastas optimistas. No queremos decir con esto que nuestra patria se halla libre de gravísimos peligros y hasta de trances duros y amargos, por los que puede pasar de un momento a otro, gracias al esfuerzo de los revolucionarios internacionales, que, a toda costa, se proponen suvertir el orden secular de las naciones, si es que nuestros gobernantes por debilidad o ignorancia se dejaran vencer o sorprender en esta titánica lucha de las naciones modernas; pero lo repetimos, nosotros creemos que nuestra patria está, por multitud de razones, en condiciones de indiscutible ventaja en comparación